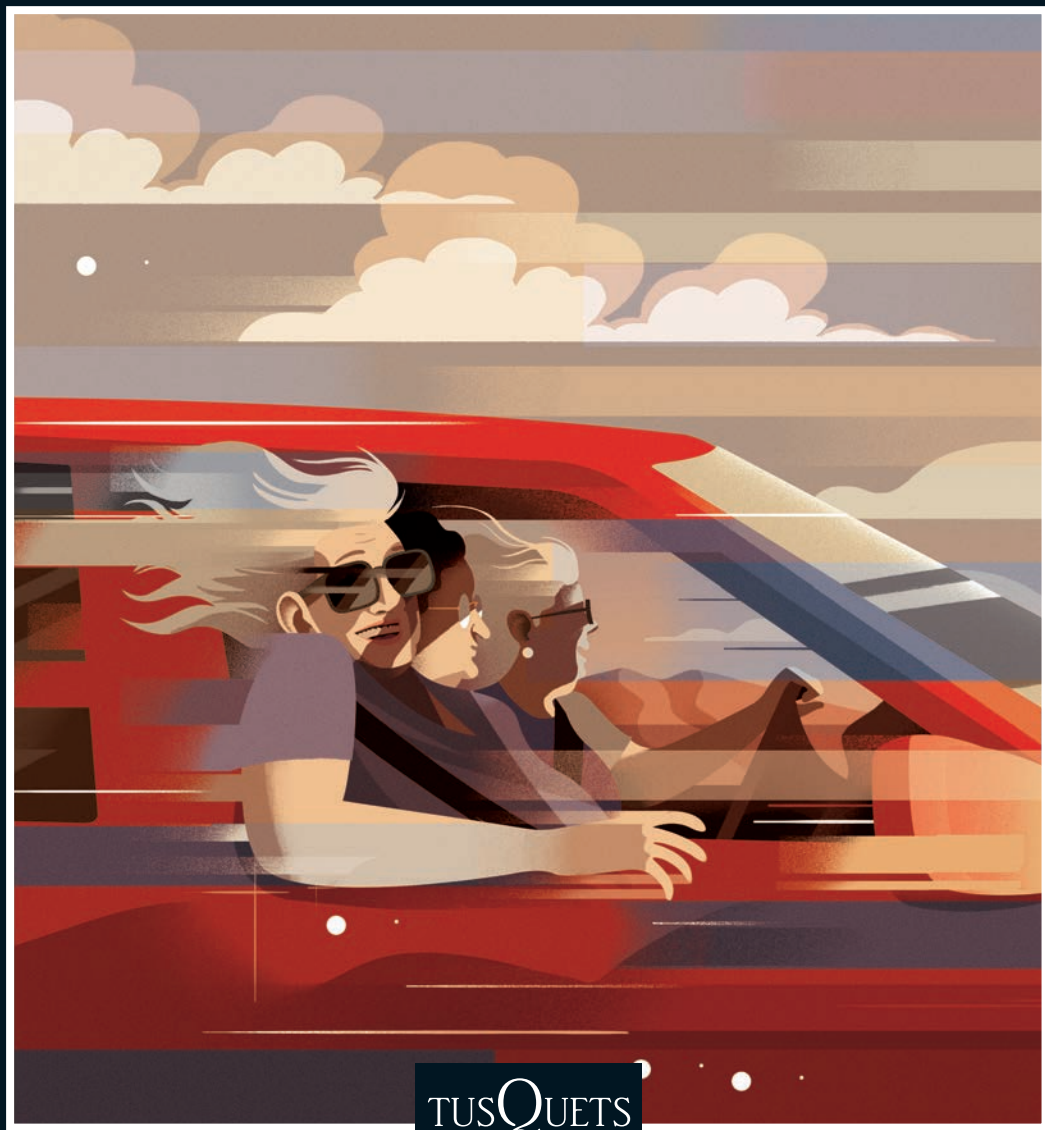


Joaquín Berges

PEREGRINAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JOAQUÍN BERGES
PEREGRINAS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2021

© Joaquín Berges, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-949-5
Depósito legal: B. 4.010-2021
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Peregrinas

El centro comercial todavía está cerrado y ya hay clientes esperando en la puerta principal, aunque no tantos como habían supuesto. Todos guardan la distancia de seguridad con sus mascarillas puestas, uniformados como soldados a punto de saltar al campo de batalla. Pese a tener más de ochenta años, es la primera vez que Dorita va de compras el día que comienzan las rebajas de verano. Y así se lo comunica a sus dos compañeras, preguntándose a sí misma cuándo es demasiado tarde para hacer algo por primera vez. Carmen reconoce que ha ido muchas veces y Fina no solo no se acuerda, sino que cree estar esperando a que abran la iglesia para escuchar misa de diez.

A esa hora la persiana metálica se eleva con la majestuosidad de un telón escénico y el centro comercial se abre. Fina entra mirándolo todo con la ingenuidad de una niña recién llegada a un país extranjero. Dorita le explica que no han ido a rezar, sino a comprar ropa para el viaje, y Fina asiente distraídamente, incapaz de dar media docena de pasos sin detenerse a observar algún detalle: un rótulo luminoso, un monitor gigante de televisión, el volumen de la música o la ausencia total de puertas. Eso es lo primero que pregunta.

—¿Por qué estas tiendas no tienen puertas?

Dorita le responde con su paciencia habitual.

—Todas las tiendas dan al pasillo de la galería comercial y no conviene poner barreras físicas a los clientes.

Fina niega sin comprender.

—No hay mayor barrera física que una tienda sin puertas —dice.

Dorita no quiere discutir.

—Vale —termina diciendo—, sí que hay puertas pero no tienen hojas.

Y Fina sonrío mientras olfatea el aire.

—Va a llover —dice.

—Es un recinto cerrado, Fina —le recuerda Carmen señalando hacia arriba—. Aquí nunca llueve porque no hay nubes ni cielo. Todo lo que hay es techo. Mira.

Miran las tres hacia arriba, pero lo hacen muy despacio y solo durante un par de segundos para no correr el riesgo de marearse.

Lo habíamos planeado todo a conciencia, mi amor, reuniéndonos en mi habitación o en la de Carmen. Igual que los fugitivos esperan a la luna nueva para no ser delatados por su resplandor, nosotras creímos que el primer día de las rebajas sería el más indicado para visitar el centro comercial. Teníamos que dejar la residencia con lo puesto, sin llevarnos ningún tipo de equipaje para no levantar sospechas. Además, ¿qué podríamos habernos llevado de allí? Íbamos casi todo el día en bata y zapatillas. El primer día de las rebajas suele haber mucha gente en los centros comerciales y eso era exactamente lo que nos convenía para no llamar la atención. Abrí mi libreta y me dispuse a tomar nota de todo lo que

íbamos a necesitar. Compraremos pantalones, blusas, camisetas, chaquetas y ropa interior. Yo quiero llevarme el vestido de raso y encaje con el que hice la primera comunión, dijo Fina con ese candor inocente que se le ponía en la voz cuando se marchaba al pasado. También necesitaremos calzado cómodo, continué yo sin hacerle caso, o mejor, zapatillas de deporte. Yo no quiero llevar zapatillas de deporte, replicó Carmen, mirándome con recelo, como si le disgustase que hiciera planes por ella. Quiero unas zapatillas de lona con cordones, que no sean ni blancas ni negras. Me recordarán a un viaje que hice hace muchos años por Francia. Le sostuve la mirada, creyendo que iba a contarnos algo más, pero no fue así. Carmen alternaba las palabras con los silencios. De pronto se callaba, cruzaba los brazos como si se hubiera molestado por algo, y perdía la mirada en una lejanía virtual. Era una forma de ausencia parecida a la de Fina. Aquella tarde se quedó mirando el jardín de la residencia, que se ve desde la ventana de mi habitación.

A veces Fina creía que el jardín de la residencia era el corral de la casa de sus padres, que estaba en un pequeño pueblo de Soria rodeado de pinares oscuros y cielos despejados, donde el aire era fresco y fragante. Siempre que el tiempo lo permitía, salía al jardín con un diario que, según ella, había escrito su padre cuando era joven. Lo leía a todas horas, a veces en voz alta, con una atención casi devota, como si fuera un texto sagrado. La mayoría de los internos suponía que se trataba de un misal o un libro de santos. Se pasa todo el día rezando, decían de ella. Unos la tomaban por una santurrona. Otros creían que se refugiaba en una lectura de juventud,

como si quisiera rejuvenecer a través de la ficción. Algunos días, cuando supuestamente salía al corral, Fina se daba de bruces con la palmera que había en mitad del recinto, rodeada por un alcorque adornado con flores, normalmente petunias en verano y ciclámenes en invierno. Miraba el conjunto con una incredulidad en cierto modo cómica, dando unos pasos errabundos a su alrededor con las manos a la espalda, hasta que terminaba sentándose en un banco a leer el diario.

Entre la variedad de modelos y tallas, Dorita elige prendas para ella y para Fina sin contar con Carmen, que ha preferido ir por libre.

—¿Te gusta esto? ¿Prefieres manga corta o larga? ¿Botones o cremallera? ¿Cuello de pico o redondo?

Fina dice a todo que sí, o que no. Es una respuesta ambigua, una flexión de la cabeza con vocación de diagonal, como si en realidad quisiera decir que sí y que no a la vez. O que no le importa lo más mínimo. Ella sigue mirándolo todo con ojos de sorpresa, como si fuera la primera vez que visita un centro comercial, ajena a cualquier concreción de la realidad. Dorita le ha calculado una talla 44, parecida a la de Carmen, lo cual considera una ventaja porque, en caso de quedarse sin ropa limpia, ambas podrán intercambiarse las prendas. Ella lleva una talla más pequeña.

Fina se detiene ante el escaparate de una tienda de deportes.

—Quiero unas botas para regar el huerto —dice señalando con un dedo—, como esas.

Dorita se fija en ellas con el ceño fruncido.

—Luego entramos y te las pruebas —le dice tirando de su brazo—, ahora tenemos que ir a buscar algo de ropa interior.

—Toda mi ropa interior está bordada con mis iniciales —contesta Fina asintiendo—. Y quiero que sepas que no me pondré nada que no lleve mis iniciales.

Dorita la mira de reojo, respirando profundamente para no alterarse. Conoce la determinación infantil de Fina cuando ofrece resistencia, la más fuerte que existe a este lado del mundo.

—No tenemos tiempo para bordados —le dice—, pero podemos comprar un rotulador para marcar la ropa con tus iniciales.

—Vale —responde Fina—, pero hoy no va a poder ser.

—¿Por qué no?

—No recuerdo mis apellidos.

Se llama Adoración, como su madre, pero todos le dicen Dorita. A su madre la llamaban Dora. Un par de letras las diferenció siempre. Proviene de Bedras, un pueblo de Teruel que está a 1.200 metros de altitud, cerca de las nubes y las estrellas. Mi padre era barbero y tenía una peluquería en la misma plaza de la iglesia, junto al bar. Era uno de los establecimientos más animados del pueblo, al menos durante los años en que los caballeros acudían a diario para peinarse, afeitarse y, de paso, enterarse de los chismes del pueblo y del resto del mundo gracias a la radio que había en uno de los estantes, donde se escuchaban los noticiarios y las retransmisiones deportivas. Luego cambiaron las costumbres. Los jóvenes llevaban el pelo largo y dejaron de afeitarse. Todo el mundo tenía un transistor en casa y la calle se convirtió en el lugar de las tertulias. Su padre se jubiló y en el local de la barbería abrieron una sucursal de la Caja Rural de Teruel para

que los vecinos pudieran gestionar sus ahorros. Ahora todo ha cambiado de nuevo. Ella lo resume así: los jóvenes actuales se dejan las barbas largas, se rapan la cabeza y llevan en el bolsillo un teléfono que también es una radio, a través del cual ordenan sus operaciones bancarias.

Julio espera con paciencia en el aparcamiento del centro comercial, sentado en el asiento del copiloto del Volvo. Ha dedicado unos minutos a ordenar los documentos del vehículo que ha encontrado en la guantera, dentro de una carpeta de cartón, deshaciéndose de varias facturas de un taller de automoción y unos recibos de circulación ya caducados.

Por fin, ve aparecer a Fina y a Dorita cargadas con bolsas de papel y de plástico. Sale del coche para abrir el maletero y ayudarlas a colocarlo todo junto a su maleta y su pequeño bolso de cuero.

—No tengo la menor idea de dónde está Carmen —dice Dorita—. Ha desaparecido nada más entrar y he tenido que ocuparme de comprar lo mío y lo de Fina.

Está tratando de disculparse por si han tardado demasiado, pero Julio no dice nada.

—Imagínate —prosigue, señalando a su compañera—, estaba empeñada en comprarse unas botas de montar a caballo.

Julio parpadea una sola vez.

—Creía que eran para regar el huerto —aclara Dorita.

Pero lo hace sin asomo de sonrisa, dándose cuenta de que en realidad unas botas de montar a caballo pueden servir para realizar cualquier tipo de tarea agrícola. Ocupan su lu-

gar en el coche para descansar las piernas, Julio delante, Dorita y Fina detrás. Carmen tarda todavía veinte minutos en aparecer. Y lo hace sin ninguna prisa, con varias bolsas colgadas de los antebrazos, frotándose las manos con gel hidroalcohólico mientras busca el coche con la barbilla levantada. Sabe que es indispensable. No pueden marcharse sin ella.

Nos reuníamos a última hora del día, después del toque de queda. Así nos referimos en la residencia a las diez de la noche, que es cuando nadie puede abandonar su habitación. Si necesitamos algo, debemos pulsar el timbre que hay sobre la cama y una auxiliar acude en nuestra ayuda, más o menos como funciona una planta de hospital. O una dictadura. Carmen y Fina están alojadas en el ala de la derecha del edificio. Yo iba a la habitación de Carmen pasadas las diez y media, sin hacer ningún ruido, arrastrando los pies para que las pisadas no me delataran. Fue muy emocionante, mi amor. Cada noche añadíamos un detalle nuevo a nuestro plan. Papeles y documentación, decía Carmen. Necesitamos llevar nuestro DNI y la tarjeta de la Seguridad Social. Tarjetas bancarias. También. Yo aún uso la cartilla de ahorros. Pues la coges. Fina nos miraba alternativamente, disfrutando de lo que a veces le parecía un juego y otras un sueño. La medicación, dije yo. Como puedes comprender, mi amor, en una residencia de ancianos todo el mundo toma medicamentos. Fina, le pregunté, ¿tú sabes lo que tomas cada día? Ella asintió. Claro, dijo muy segura de sí misma, haciéndome creer que iba a decir una tontería. Tomo el donepezilo primero y la memantina después, respondió. ¿Qué cantidad

tomas y a qué hora?, continué preguntando. Fina dudó un momento. Me dan las pastillas a la vez que la comida, dijo. El donepezilo metido en una albóndiga de carne y la memantina clavada en una banderilla, junto con unas aceitunas y unos boquerones en vinagre. Carmen le sostuvo la mirada durante unos segundos, tratando de comprobar si de verdad era capaz de decir una incongruencia como esa sin aguantarse la risa. Yo me limité a negar con la cabeza. Nosotras te ayudaremos a tomar tus pastillas, le dije, no te preocupes. Y Carmen se levantó de la cama para dar por terminada la reunión. Era casi medianoche. De eso te encargarás tú, Dorita, dijo abriendo la puerta. Conmigo no cuentas. Ahora es tarde y debéis marcharos.

Se llama Rosario del Carmen, aunque todo el mundo la conoce como Carmen. Acaba de llegar a la residencia y aún no se ha adaptado al régimen inevitablemente carcelario de cualquier lugar donde se come y se cena a una hora determinada. Siempre ha vivido sola, al menos desde que su marido murió. No tiene hijos, aunque sí sobrinos, dos de los cuales la visitan puntualmente una vez por semana. No son hermanos, como alguno de vosotros me ha preguntado. Son esposos. Los casé yo misma en un pueblo de Cádiz, aunque no creo que ellos se dieran cuenta porque lo hice usando un ritual que desconocían. Ha vivido en tres barrios distintos de Madrid. Primero en el de Salamanca, cerca del Retiro, luego en la plaza de la Paja, en el Madrid viejo, y por último en Cuatro Caminos, cerca de Moncloa. He pasado la mayor parte de mi vida trabajando como modista, durante un tiempo a sueldo de una empresa ubicada en Badalona

y luego dedicada a mis clientas. Gracias a ello se sabe la genealogía de todas las casas reales europeas, desde la sueca a la jordana, pasando por la noruega o la inglesa. La casa real española también me la sé, aunque solo a un nivel estético, desde María de las Mercedes de Borbón hasta Letizia Ortiz, pasando por Sofía de Grecia. Mis clientas siempre creyeron que yo era una monárquica convencida, pero se equivocaron por completo. Lo que pasaba era que durante años las señoras y las señoritas de Madrid querían vestirse como las reinas y las princesas de toda Europa. Y no me extraña, porque las reinas han sido siempre modelos de alta costura. Y, aunque hoy en día no es su único cometido, todavía lo siguen siendo y cada acto al que acuden se convierte en una pasarela de moda y complementos. Está a punto de terminar su presentación y quiere añadir algo contundente para rematarla. No tengo coche, dice, pero todavía conservo en vigor mi carné de conducir.

Han salido las tres cogidas del brazo, en formación, como si fueran a desfilan por la calle.

—Es para que no se nos caiga Fina —van diciendo—. Hoy tiene el equilibrio un poco inestable.

Dorita trata de hablar con naturalidad, pero se da cuenta de que le tiembla la voz. Hace un par de inspiraciones cortas y una larga espiración para calmarse, tal como le han enseñado en las clases de respiración. Carmen mostró su sorpresa cuando se enteró de que había clases de semejante cosa y preguntó si no las había también de latido cardiaco, digestión de carbohidratos refinados o filtrado de sangre en riñón. Cada vez que tiene ocasión, Carmen gasta una ironía resen-

tida para burlarse de Dorita o de cualquier otro interno de la residencia. Esta mañana, sin embargo, está a punto de hacer los ejercicios de respiración ella misma, sin poder creer que se esté marchando de allí. Se imagina la cara de susto que pondrán sus sobrinos cuando se enteren.

Tanto ella como Dorita han pasado la noche prácticamente en vela, durmiendo a ratos sueltos, sin la suficiente profundidad para descansar. Así lo comentan durante el desayuno. El caso de Fina es distinto por los efectos de la medicación.

—Yo he dormido perfectamente —declara con orgullo—, pero el gallo de mi prima Fernanda me ha despertado de buena mañana. Luego iré a hablar con ella para que lo traslade a la paridera, con las ovejas, lejos del pueblo. Así no nos molestará más.

Se detienen frente al coche, que está aparcado muy cerca de la residencia. Carmen lo mira con la cabeza torcida.

—Menuda cafetera —dice entre dientes.

Fina sonrío, como siempre que lo ve.

—Qué bonito es mi Volvo —dice tratándolo como a una mascota.

—¿Has cogido las llaves? ¿Y el carné de conducir? ¿Lo llevamos todo?

Dorita ha pensado sentarse detrás con Fina para no dejarla sola. No quiere arriesgarse a que se baje del coche en un semáforo o en un paso de cebra. Carmen contempla el volante, lo limpia con una toallita mojada en gel hidroalcohólico y suspira con rotundidad.

—¿Sucede algo? —pregunta Dorita.

—No sé cuánto tiempo hace que no conduzco —reconoce Carmen, acordándose de su cochecito.

Dorita le pone una mano en el hombro.

—Regúlate bien el volante y el asiento —le dice tratando

de contagiarle un poco de aplomo, pero Carmen mueve el hombro bruscamente para que la deje en paz.

No quiere nada de nadie.

—Vámonos —dice con resolución, mirando el reloj del salpicadero—. Son las nueve menos cuarto. Dime por dónde salgo para ir al centro comercial.

—Primero tenemos que recoger a alguien —contesta Dorita.

Carmen la mira con desgana por el espejo retrovisor. No le gustan las sorpresas de última hora.

—¿A quién tenemos que recoger? —pregunta.

—A un gigante.

En cuanto supe que Fina tenía un automóvil y que Carmen conservaba su carné de conducir, comencé a pensar en el modo de seducirlas para que me acompañaran. A Fina la tenía conquistada porque pasaba con ella muchos ratos en el jardín, pero con Carmen lo tenía más difícil. Siempre estaba sola y aparentemente de mal humor. Todavía no sabía dónde se encontraba el automóvil de Fina. Ella había vivido sus últimos años de libertad en San Sebastián de los Reyes, en casa de su hermana, así que podía estar aparcado allí, en la calle o en un garaje, o en casa de su hija para que lo pusiera en marcha de vez en cuando. Dijiste que tenías un automóvil, ¿verdad? Se lo pregunté en uno de los bancos del jardín. Fina me miró asintiendo. Un Volvo, respondió. ¿Y dónde lo tienes? Mi pregunta hizo que dejara de asentir. Es un secreto, dijo. Y no mintió, mi amor. Cualquier información que estuviera alojada en su memoria podía considerarse un secreto, y además bien guardado. Tenía que encontrar el modo

de convencerla para que lo compartiera conmigo, así que le propuse dar un paseo alrededor de la residencia. Es algo que Terminator nos deja hacer si el tiempo es bueno. Solo una vuelta, con la mascarilla puesta, sin olvidar el bastón y cogidas del brazo. Tal cual está escrito en el tablón de normas que hay a la entrada de la residencia. Nos pusimos la mascarilla y pulsamos el portero automático para que el conde Drácula nos abriera. Antes de salir, Fina se volvió un momento. ¿Quién ha plantado una palmera en mitad del corral?, dijo señalándola.

Los motes del personal habían sido una ocurrencia de Carmen. La directora de la residencia la recibió en persona el día de su ingreso, a ella y a dos sobrinos que la escoltaban para darle ánimos. Y para evitar que regresara a su casa. Carmen se fijó en que la directora tenía el ojo derecho inyectado en sangre, víctima de un pequeño derrame o una alergia. Era ancha de hombros y hablaba con la voz rota de los fumadores, con un timbre metálico que repicaba por las paredes. La llamaría Terminator, decidió. Ella misma les enseñó las instalaciones. Os van a encantar, dijo tratándolos de tú con camaradería de clase, como si entre iguales no hubiera que guardar las formas. Este es Francisco, el portero. Pálido y pupa sangrante en el labio: el conde Drácula. Marisa es la jefa de auxiliares. Pelirroja, delgada y nerviosa: la Bruja del Castillo. Esta es Paula, vuestra monitora de tiempo libre. Joven, ojos hundidos, sonrisa traviesa: la Niña del Exorcista. Antonio, nuestro administrador. Bajito y cargado de hombros: Quasimodo. Luisa, Patricia y Karina, auxiliares: Alien, la Madrastra de Blancanieves y Freddy Krueger. Iorghu se ocupa

de las labores de mantenimiento. Pelo largo y barba: el Hombre Lobo. A todos les puso mentalmente un mote relacionado con una historia de terror. Vio orcos, serpientes, dragones y muertos vivientes. Todo le pareció frío y oscuro, tan siniestro como los personajes que iba encontrando por los pasillos. Incluso le molestó el olor del lugar, que apestaba a una mezcla de flores silvestres y lejía, algo que parecía deliberado, como para probar que todo había sido desinfectado a conciencia, incluso las flores silvestres.

Carmen conduce el Volvo hasta el exterior del centro comercial mientras Dorita se santigua tres veces.

—Continúa todo recto siguiendo los paneles indicativos para tomar la A-1 —le dice.

—¿Adónde vamos? —pregunta Fina.

Lo hace con su ingenuidad habitual, sin aclarar si es o no consciente de la aventura que acaban de iniciar.

—A Aranda de Duero —le responde Dorita—, ¿no te acuerdas? Será nuestra primera parada. Luego continuaremos hasta Burgos para coincidir con el itinerario que hizo tu padre. Te lo explicamos el otro día.

Fina asiente sin ninguna convicción, por pura amabilidad.

—El resto del camino será en dirección oeste —continúa diciendo Dorita.

—Mi padre visitó la catedral de Burgos —la interrumpe Fina señalando el diario—. Allí está la capilla de los Condestables. La visitaremos, ¿verdad?

—Por supuesto —responde Dorita.

Carmen no puede evitar un carraspeo de inquietud. Julio se vuelve hacia Dorita con una ceja levantada.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —pregunta sin palabras.

Carmen ha tomado la R-2 en dirección a Guadalajara. Es evidente que no se dirigen a Burgos y, por lo que Dorita le ha contado, Guadalajara no forma parte de su itinerario. Dorita usa el mismo lenguaje de cejas, elevándolas a modo de exculpación. En ese momento no puede decirle nada. Y eso que Fina ya se ha marchado del presente.

Se llama Josefina, pero ella misma se acortó el nombre dejando solo sus dos últimas sílabas. Nació en un pueblo con un nombre precioso que, tendrán que disculparla, en este momento no le viene a la cabeza. Su padre tenía una tienda de ultramarinos donde vendía, entre otras cosas, tornillos, garbanzos, botones de colores, latas de conserva, aceite, pintura y azúcar. Su madre hacía la comida mientras ella y su hermana Carmina iban a la escuela. Algunos días ella era quien hacía la comida mientras su madre y su hermana se ocupaban de la tienda. Eso sucedía cuando su padre cargaba la furgoneta y se iba a vender garbanzos por los pueblos de alrededor. Luego me casé y nació mi hija Sara, a quien a veces confundo con mi hermana Carmina. Después tuvo otro hijo, el pequeño Manuel, que era moreno de piel y tenía las manos grandes como su padre, y comenzó a llevarlo al corral, donde disfrutaba jugando con los animales, como si fueran otros niños. Tenían ocas, patos, gallinas y un marrano al que siempre llamaban de usted, ignora por qué, quizá porque en aquellos tiempos un marrano era una cosa muy seria. También tenían un huerto cerca de la acequia del pueblo en el que cultivaban patatas, verduras y hortalizas de va-

rias formas y colores. Fina no sabe qué más puede añadir. El nombre que no me venía antes a la cabeza es Vinacardo, dice.

Paula nos propuso hacer una redacción sobre el bien máspreciado que poseíamos. Solo un párrafo, no hace falta más. Es muy sencillo. Lo dijo con intención de motivarnos, pero se equivocó de estrategia. No es nada sencillo elegir algo así cuando te quedan pocos años de vida, quizá porque el tiempo, si es escaso, es el bien máspreciado que existe. Yo escribí sobre mi colección de Julio Verne: todas sus obras reunidas en seis volúmenes con ilustraciones en blanco y negro. Es lo único que quise traerme a la residencia, una vez descartada la estúpida idea de aceptar el libro electrónico que querían regalarme mis hijos. Puedes tener todas las obras de Julio Verne y de los clásicos franceses, ingleses y rusos, me dijeron. Y españoles de todas las épocas. Ya sabes lo que opino sobre tener más cosas de las necesarias, mi amor: tenerlo todo es exactamente lo mismo que no tener nada. Y de eso trató mi redacción. Puse que un artilugio electrónico que incluyera toda la literatura universal me parecía lo mismo que una biblioteca completamente vacía. Luego leímos en voz alta las redacciones. Hubo carraspeos y alguna queja, en plan si lo llego a saber escribo otra cosa. Algunos no pudieron leer. Unos porque apenas hablaban, no al menos con una dicción comprensible, otros porque no entendían su propia letra. Carmen había escrito sobre su caja de los hilos. Todas las tardes dedico unos minutos a ordenar su contenido, sacando los carretes de hilos, los alfileres y los dedales para volver a colocarlos en perfecto orden: el hilo por colores, los alfile-

res por longitud y los dedales por tamaño. Finá no pudo leer lo que había escrito. Su lucidez de esa mañana solo le había permitido escribir una frase y fue Paula quien la leyó por ella. El bien más preciado que poseo es un Volvo 850 de color azul oscuro de hace treinta años.

Carmen mostraba un carácter introvertido la mayor parte del tiempo, pero a veces, en vez de evitar el contacto con los demás internos, sentía la necesidad de comunicarse y hablaba como si tuviera una urgencia fonológica ajena a cualquier argumentación. Luego se callaba bruscamente, advirtiendo su repentina elocuencia, con el mismo recelo que si hubiera sido víctima de un delirio. Y regresaba a su habitación en busca de la soledad para compensar el exceso de palabrería. El orden mental depende del orden físico, dijo una tarde después de haber ordenado su caja de los hilos. Es algo que Quique, mi marido, sabía muy bien porque había vivido en un sitio muy pequeño. Uno de los sitios más pequeños donde se puede vivir, añadió para provocar un poco de suspense. Y donde falta el espacio tiene que haber orden, de lo contrario es imposible vivir. Por eso ordeno mi caja de los hilos cada tarde, porque me ayuda a mantener el orden dentro de mi cabeza. Los carretes de los hilos son como los pensamientos, más oscuros o más claros, enrollados primero y estirados después, los alfileres y las agujas son los remordimientos y los recuerdos amargos. El metro es la razón y la lógica. Los botones la concordia. Las tijeras el silencio. Y así sucesivamente. A Dorita le gustaba escuchar aquellos argumentos tan peculiares, por eso se sentaba a su lado en la sala donde pasaban la tarde, siempre con uno de sus libros de Julio Verne en la

mano, abierto por una página cualquiera para repasar las palabras con la vista, a veces de reojo, sabiendo que en cualquier momento podía refugiarse en la ficción, a salvo de la realidad. Lo que no comprendía era por qué después de ordenar su caja de los hilos, en lugar de quedarse a conversar con los demás internos, Carmen abandonaba la sala y volvía a su habitación, caminando además con una prisa innecesaria.

Se han detenido en un área de servicio, entre las poblaciones de Torija y Trijueque, después de rodear la ciudad de Guadalajara y antes de llegar al Área 103, donde hay un famoso restaurante de parada obligada para muchos viajeros. No saben si Fina conoce ese punto neurálgico de la A-2 y no pueden arriesgarse a descubrirlo. Han recorrido algo menos de 75 kilómetros en dos horas y media, en parte porque han encontrado una retención de tráfico a la altura de Alcalá de Henares. Pese a conducir muy despacio, o precisamente por eso, Carmen necesita descansar.

—¿Dónde se supone que estamos? —pregunta Julio antes de bajar del coche.

—Cerca de Santo Tomé del Puerto, en la provincia de Segovia —responde Dorita señalando el mapa de carreteras que mantiene desplegado con la ayuda de Fina—. Hemos hecho más o menos la mitad del camino.

Julio no dice nada en ese momento, pero se las arregla para quedarse a solas con Dorita más tarde.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunta.

Ella se disculpa.

—Debería habértelo contado antes —dice—, pero temía que no quisieras venir con nosotras.

Julio levanta un dedo.

—Me dijiste que íbamos a Santiago de Compostela para que Finia pudiera cumplir el sueño de su vida. —Dorita asiente—. Pero no vamos a Santiago de Compostela, ¿verdad? —Dorita niega—. ¿Adónde vamos?

—A Tarragona.

—¿Adónde?

Ella sonríe con media boca.

—A Tarragona —repite.

—Entonces, ¿no vamos a hacer el camino de Santiago?

Dorita se pone seria, como si se hubiera ofendido. Busca un mapa en su bolso y se lo entrega a Julio.

—Lo vamos a hacer —dice firmemente, señalando el mapa—. Lo vamos a hacer al revés.

Julio lo despliega para comprobar con extrañeza que se trata de una fotocopia en blanco y negro.

—¿Y eso —pregunta con cejas arrugadas—, cómo demonios se hace?

—Viajaremos en la misma dirección —responde Dorita—, pero en sentido contrario.